

**PEDRO CIEZA DE LEÓN:
500 AÑOS DE HISTORIA**

Luis Millones Figueroa
Colby Collge

En el campo de las humanidades el paso del tiempo suele poner a cada uno en su sitio. Y, por eso, en las bibliotecas y archivos de todo el mundo se acumulan libros y documentos que, a menos que uno sea un especialista, ya nadie lee. El encuentro de culturas que se inició a finales del siglo XV produjo cientos de miles de textos, pero no son muchos los que se siguen leyendo hoy, y es todavía más reducido el grupo que ha alcanzado el elusivo título de clásico de las letras del llamado periodo colonial. A estas alturas ha pasado ya un buen tiempo para preguntarnos si Pedro Cieza de León escribió un clásico y, si es el caso, qué significa esto para la villa de Llerena.

Durante muchos años –y quizá todavía– en las escuelas del Perú se enseñaba que había tres textos del virreinato que todo ciudadano bien formado debía conocer: Los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso de la Vega, la *Nueva crónica y buen gobierno* de Felipe Guamán Poma de Ayala, y la *Crónica del Perú* de Pedro Cieza de León. En la práctica esto solo quería decir que el curriculum escolar obligaba a la mayoría de peruanos a leer unos cuantos pasajes de cada obra, seleccionados para ejemplificar unas pocas ideas que han circulado en el imaginario nacional por generaciones.

Quizá la más popular de estas ideas era que el origen del autor se reflejaba en su texto y suponía una determinada posición sobre los eventos de la conquista y el periodo colonial. Así, por ejemplo, Guamán Poma debía ser el representante de la población indígena diezmada y explotada por el proceso de conquista y el sistema colonial, y su texto una clara condena de todo lo que significó el dominio español desde que Francisco Pizarro mandara ejecutar al Inca Atahualpa. A decir verdad, muy pocos maestros se daban el trabajo de leer el complejo texto de Guamán Poma y la mayoría se contentaba con presentar un manojo de sus impresionantes dibujos en los que la condena de los abusos de funcionarios y eclesiásticos no dejaba ninguna duda. Y así, Guamán Poma vino a ocupar en el imaginario nacional el espacio de la víctima que denunciaba con efectivas imágenes la destrucción de las comunidades indígenas andinas.

Mucho trabajo ha sido necesario para ir desvelando los misterios de la elaboración y las connotaciones de la magnífica carta manuscrito y sus cientos de dibujos, cuyo original se conserva en la biblioteca del Palacio Real en Dinamarca. Pero luego de una serie de ediciones y estudios –desde una variedad de disciplinas– es posible tener

una visión mucho más matizada de los motivos que perseguía Felipe Guaman Poma con su texto. Así, por ejemplo, es claro que la creativa recreación histórica en la que narra el recibimiento de Pizarro por su padre está orientada a sentar las bases legales y políticas de una alianza entre la Corona y su grupo étnico, y en la que no toman parte los incas. Y, también, que su proyecto de gobierno para el Perú propone una posición en la elite del poder para sí mismo y mantiene la situación de los hombres y mujeres de las comunidades indígenas andinas en un estado de subordinación. No es mi intención tratar de explicar las múltiples dimensiones de la *Nueva crónica y buen gobierno* sino solo sugerir que, gracias a los avances en el estudio de esta obra, hoy es mucho más fácil evitar esa imagen simplificada de Guamán Poma como voz y defensor de los indígenas e incluso, como equivocadamente también ocurre, de los incas vencidos.

El caso del Inca Garcilaso es muy diferente. Frente a la hibridez lingüística y la necesidad de una lectura de la iconografía que exige el texto de Guamán Poma, el estilo diáfano de los *Comentarios Reales* ofrece una plácida experiencia a cualquier lector, incluso cuatrocientos años después, por lo que la prosa del Inca ha sido reconocida con justicia como una de las mejores del Renacimiento europeo. Pero, para el imaginario nacional, lo principal es que Garcilaso encarna la ilusión de una resolución mestiza para el encuentro de las culturas española y andina. Al ser hijo de un capitán español y de una mujer de la élite cuzqueña, al ser bilingüe y bicultural, al haber vivido en ambos mundos, Garcilaso es la figura que se ha prestado para representar a la identidad nacional: al primer peruano. Y así, no nos debe extrañar que hoy día el nombre de Garcilaso sea omnipresente en la sociedad peruana. Hay, por supuesto, calles y plazas con su nombre, así como restaurantes, librerías y marcas de variados productos. También hay escuelas y centros educativos de toda índole, desde los más humildes hasta una enorme universidad privada. Hay premios y jornadas académicas que llevan su nombre. El embajador peruano ha llevado flores a su tumba en la Mezquita - Catedral de Córdoba, se ha impreso papel moneda con una imagen suya apócrifa, y hasta un equipo de fútbol de primera división lleva su nombre.

Los *Comentarios Reales*, no la única pero sí la más conocida de las obras del Inca Garcilaso, ha sido la obra más influyente en la creación de una imagen idealizada de los gobernantes Incas y de la sociedad incaica en general. No hay peruano que no tenga en su mente la idea

de que el pasado incaico fue la época dorada del Perú. Pero al mismo tiempo, ese pasado idealizado, por el cual estamos listos a mostrar admiración todos los peruanos, ha servido para producir una imagen estática y nostálgica de los tiempos del Inca que no tiene continuidad en las comunidades indígenas andinas del Perú contemporáneo. Por el contrario, en la sociedad peruana es patente en todos los estratos sociales el racismo contra todo aquello que deje traslucir rasgos andinos.

Naturalmente, la obra del Inca Garcilaso y los *Comentarios Reales* en particular ha sido y sigue siendo estudiada desde innumerables perspectivas. Hoy conocemos bastante bien su biografía, su desarrollo intelectual y sus aspiraciones personales. Las lecturas críticas de su obra han revelado las múltiples influencias clásicas y del Renacimiento así como un subtexto andino en su escritura. Hasta se ha reconstruido el contenido de su biblioteca particular y ha sido recreada y presentada en una exhibición –hace unos meses– en la Biblioteca Nacional de Madrid. Y sobre todo, sabemos que esa efectiva idealización de los Incas fue el resultado de una admirable retórica que ocultó, tergiversó, y manipuló informaciones en busca de una imagen que sirviera de sustento ideológico a un proyecto político donde los remanentes de la élite cuzqueña pudieran recuperar un papel dirigente en el virreinato del Perú.

Tampoco es el momento ahora de profundizar en las interpretaciones a que han dado lugar los diferentes acercamientos a la obra del Inca Garcilaso. Pero no tengo la menor duda de que, gracias a los innumerables estudios que se han venido realizando sobre su obra, la idea de Garcilaso como el personaje que sirve de metáfora a la identidad peruana así como su imagen de los Incas se han venido resquebrajando en el imaginario nacional. Y hoy parece necesario, al invocar su nombre y su obra, pasar de inmediato a los matices y explicaciones que revelan las nuevas lecturas. Y me atrevería a decir que el uso de su nombre irá disminuyendo con el paso de los años, y cuando se use en el futuro no tendrá ya esa intención reivindicativa de lo peruano por excelencia.

Y claro, a Pedro Cieza de León no le quedó otra que representar en el curriculum escolar el papel del cronista español que exaltaba las hazañas de la conquista. (Un papel que dicho sea de paso lo cumplió con creces el cronista oficial Antonio de Herrera con su *Historia gen-*

eral de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del mar Océano). El hecho curioso es que la Tercera Parte de la *Crónica del Perú*, donde Cieza narra la conquista, no tenía ni tiene todavía, ediciones de fácil alcance para el público general ni mucho menos para el sistema educativo. Así que, si algún texto de Cieza aparecía en las lecciones de historia, se trataba de material de la Primera Parte que como todos sabemos fue publicada por primera vez en 1553 y que ha sido el texto de Cieza más difundido desde entonces.

Naturalmente, no es esperable que a un autor con fama de haber escrito sobre la historia del Perú, desde la perspectiva española, se le hayan concedido muchos reconocimientos en el Perú Republicano. Pero lo cierto es que nunca, ni en los veinticinco años que viví en el Perú durante mi juventud ni en las visitas que hago todos los años, he visto o escuchado que exista una plaza o un colegio o lo que sea que lleve el nombre de Cieza. Y debo decir que luego de haber estudiado su obra ese hecho no solo me extraña sino que me parece una oportunidad perdida. Porque la obra de Cieza ha contribuido al conocimiento del Perú en muchas maneras y porque al igual que con Felipe Guamán Poma de Ayala y con el Inca Garcilaso de la Vega hoy sabemos que una idea simplista de Cieza como representante de una visión imperialista española no corresponde a una lectura crítica de su crónica.

Hay, sin embargo, una gran diferencia en el volumen de los estudios de investigación dedicados a Cieza y aquellos que se ocupan de las obras de Guamán Poma y el Inca Garcilaso. Tomando en cuenta los últimos quince años sería fácil llenar varios estantes con las ediciones, antologías, monografías, volúmenes editados, e infinidad de artículos que estudian los textos de los autores andinos. Mientras que bastaría con los dedos de una mano para contar las publicaciones sobre el autor extremeño y los artículos difícilmente podrían llegar a la docena. Esta realidad nos dice en primer lugar que hay mucho trabajo pendiente en el estudio de la *Crónica del Perú* pero al mismo tiempo es una muestra clara, en mi opinión, de que se trata de una obra más compleja de lo que parece a primera vista.

Lo más probable, como han sugerido varios estudiosos, es que la motivación inicial del texto de Cieza fuera hacer un itinerario de los descubrimientos y las fundaciones de ciudades españolas en las expediciones de Jorge de Robledo en la zona de la hoy provincia de

Popayán en Colombia. Pero es obvio que esta tarea pronto derivó en un proyecto más ambicioso donde la geografía y el mundo natural, así como las culturas locales y sus pasados se convirtieron en el objeto de su relato. ¿Qué hizo que este hijo de la villa de Llerena diera ese salto que significaba pasar de ser un escriba al servicio de los intereses de un líder a servir los intereses su propia curiosidad intelectual? Acaso nunca sabremos las razones profundas que alentaron esa determinación. Porque además de las razones y tópicos del propio Cieza en su proemio, y las que podamos ofrecer: como un deseo de tener un testimonio de los acontecimientos que le tocó vivir y la conciencia de estar viviendo en un momento especial, o la intuición de que iba recopilando observaciones que serían gran utilidad tanto para él como para otros en el futuro, lo cierto es que para completar una obra como la suya hacía falta un espíritu con inquietud y amor por el conocimiento, acompañado de un intelecto formado desde muy joven en la tradición humanista, y eso fue algo que llevó Cieza consigo desde Llerena.



Por más de quince años Pedro Cieza de León recorrió un amplio territorio que lo llevó desde el Caribe colombiano, pasando por selvas, cordilleras, ríos y quebradas, y alternando entre caminos por las montañas y por la costa llegó hasta lo que fue la frontera norte del Tahuantinsuyo y de allí, siguiendo muchas veces caminos incaicos, a recorrer gran parte de los dominios del Inca. El relato de estos viajes, contado sobretodo en la Primera Parte, pero que tiene sitio también en el resto de su obra, no ha dejado indiferentes a sus lectores a través de los siglos. Historiadores del siglo XVI al XVIII han utilizado la obra de Cieza, a veces citándolo a veces no, pero siempre con respeto, como fuente autorizada en cientos de ocasiones, tanto en su versión original como en sus traducciones a otros idiomas. Geógrafos, arqueólogos, y ecologistas contemporáneos también han valorado su obra y han dejado constancia de que en muchos casos las observaciones de Cieza constituyen las primeras descripciones y explicaciones por escrito que se conocen de fenómenos naturales, de flora y fauna, o de restos arqueológicos.

A diferencia de otros textos en los que también se describe la naturaleza del Nuevo Mundo, en la *Cronica del Perú* las observaciones de elementos y fenómenos naturales y de las interacciones de las culturas indígenas con el medio ambiente están acompañadas de una reflexión crítica que busca entender, valorar y dar sentido a la variedad de experiencias que tuvo y con las que buscó enfrentarse durante sus viajes. Es esta actitud crítica y no un conocimiento de la filosofía natural de la temprana Edad Moderna ya superado lo que hace que su texto tenga un valor duradero.

Veamos cómo describe Cieza, para un lector europeo, uno de los animales que llamó su atención:

Por los árboles que están junto a los ríos hay una que se llama iguana que parece serpiente: para apropiarla remeda en gran manera a un lagarto grande de los de España, salvo que tiene la cabeza mayor y más fiera, y la cola más larga, pero en el color y parecer no es ni más ni menos. Quitado el cuero y asadas o guisadas son tan buenas de comer como conejos y para mí más gustosas, las hembras tienen muchos huevos, de manera que es ella una buena comida, y quien no la conoce huiría de ellas y antes les tendría temor y espanto de verlas, que no deseo de comerlas. No sé determinar si es carne o pescado, ni ninguno lo acaba de entender: porque vemos que se echa de los árbo-

les al agua y se halla bien en ella, y tampoco ninguna se halla tierra adentro donde no hay río.

No solo sabemos ahora que la iguana era una de las comidas favoritas de Cieza, también nos damos cuenta de su habilidad para transmitir la novedad del Nuevo Mundo al lector europeo, y sus dudas hermenéuticas para clasificar a esta especie desconocida en Europa.

No podemos olvidar, sin embargo, que muchas de estas oportunidades surgieron mientras Cieza era parte de la hueste conquistadora. Y en sus narraciones de esa experiencia el llerenense muestra a veces un language que es reconocible entre los relatos de conquista, donde la épica, lo aventurero, el trasfondo de la novela de caballerías, y la vena literaria salen a relucir. Consideremos el siguiente pasaje:

[...] una mañana amanecieron en una pequeña colina, que estaba encima de nuestro campamento, más de mil quinientos indios que son sus acostumbrados gritos y vocerío nos insultaban. Lo cual, visto por dos mancebos determinados y muy osados, que uno tenía por nombre Diego González, natural de Valverde, y el otro no quiero nombrar, tomadas sus rodelas y espadas hicieron una notable hazaña, que fue que saliendo del campamento sin ser vistos por los españoles ni sentidos por los bárbaros, dándose prisa con sus ligeros pies, por debajo de una pequeña montaña fueron a dar al cerro donde los indios estaban haciendo grandes gestos, y caminando hasta arriba llegaron hasta donde estaba la mayor cantidad de ellos. Llamando a grandes gritos en su ayuda al apóstol Santiago comenzaron a herir a los indios, que espantados de ver tan gran bondad, temerosos, haciendo grandísimo ruido, volvieron los cobardes las espaldas a los rostros valientes de los dos mozos, los cuales, viendo el paso libre y que los indios habían desamparado el cerro, volvieron a su campamento, donde fueron muy bien recibidos por el adelantado y de todos los cristianos.

No hace falta mucha imaginación para sospechar que Cieza hace gala de humildad al no decir que el segundo mozo, a quien no quiere nombrar, es él mismo. Y como es fácil comprobar, la cita tiene varios elementos típicos de los relatos de la conquista: la audacia temeraria de los jóvenes, cuyos pies ligeros recuerdan epítetos homéricos, la invocación al apóstol Santiago, triunfo contundente del bien sobre el mal, del cristianismo sobre el bárbaro, la celebración en la que se puede intuir la recompensa.



Paisaje de Arma (Cladas) Colombia

Ya sea por su valor, por sus servicios como secretario o por ambas cosas, sabemos que Pedro Cieza de León recibió el premio que tanto buscaban muchos inmigrantes a Indias como él: una encomienda. En su caso las tierras que recibió formaban parte de la villa de Arma, hoy en Caldas, Colombia. La encomienda estaba situada en un hermoso paisaje de suaves colinas y ríos. El terreno contaba con flora y fauna, era propicio para la agricultura y, los ríos (como el se ve en la imagen), afirmaba Cieza, llevaban una gran cantidad de oro. Pero la vida de Cieza como vecino de Arma no duró mucho y nuevos periplos lo llevaron a nuevas experiencias, y podemos agradecer al destino que así fuera pues de otra manera lo más probable es que nunca hubiera completado su obra.

El Pedro Cieza de León representante del imperialismo español se sostuvo con algunos pasajes de su texto en los que el cronista mostró su asombro y admiración por el esfuerzo que significó enfrentarse a un mundo desconocido para los europeos. Así, por ejemplo, Cieza escribió:

Y no me parece que debo pasar de aquí sin decir de los males y trabajos que estos españoles y todos los demás padecieron en el descubrimiento de estas Indias, porque yo tengo por muy cierto que ninguna nación ni gente que haya existido en el mundo ha pasado tantos. Cosa es muy digna de notar: que en menos tiempo de setenta años se haya descubierto una navegación tan larga, y una tierra tan grande y llena de tantas gentes, descubriéndola por montañas muy ásperas y fragosas, y por desiertos sin camino. Y haberlas conquistado

y ganado, y en ellas poblado de nuevo más de doscientas ciudades. Cierto los que esto han hecho son merecedores de gran loor y de perpetua fama, mucho mayor que la que mi memoria sabrá imaginar ni mi flaca mano escribir.

Sacado del contexto de su obra este pasaje es, que duda cabe, una exaltación de la perspectiva española de la conquista. Pero ha sido un error difícil de erradicar la atribución a Cieza de una perspectiva única y simplista de lo que significó el encuentro de culturas. Porque de la misma manera en que supo declarar su admiración por la gesta conquistadora también supo denunciar las consecuencias devastadoras de la conquista, y la crueldad y codicia de aquellos mismos hombres con las poblaciones del Nuevo Mundo. Veamos un ejemplo:

Y es de saber otra cosa, que tengo para mí por muy cierto, según han sido las guerras largas y las crueldades, robos y tiranía que los españoles han hecho en estos indios, que si los indios no estuvieran hechos a tan grande orden y concierto, totalmente se hubieran todos consumido y acabado [...] Y es verdad que yo he visto pueblos y pueblos bien grandes, y de una sola vez que cristianos españoles pasen por él, quedar tal que no parecía sino que fuego lo había consumido.

Uno de los motivos por los que no hay tantos estudios de la obra de Cieza es porque muchos lectores estaban acostumbrados a perspectivas muy decantadas sobre los eventos generados por el encuentro de culturas. La alabanza y justificación de la conquista con argumentos filosóficos, económicos y religiosos como las *Décadas* de Herrera y Tordecillas y, del otro lado, la denuncia y condena basada en otros argumentos filosóficos, económicos y religiosos que luego sirvieron a la creación de la Leyenda Negra como la *Brevisima relación de la destrucción de las Indias* del padre Bartolomé de Las Casas. Y así, Cieza de León, que fue un conquistador, fue ubicado del lado imperialista sin mucho problema por bastante tiempo.

Con el paso del tiempo han surgido nuevas lecturas y hay incluso quien han propuesto que Cieza de León pasó por un proceso de conversión ideológica y acabó vinculado ideológicamente al partido lascasista (recordemos que en su testamento dejó provisto que una opción para sus manuscritos de la Segunda y Tercera partes era que le fueran entregados a Las Casas). Y, de la misma manera, al leer las

partes de la crónica que se ocupan de los conflictos entre conquistadores ha habido quien ha visto en Cieza simpatías con el bando de Francisco Pizarro mientras otros le atribuyen afiliaciones almagristas.

Es posible y probable que Pedro Cieza de León tuviera, como cualquier persona de ayer y hoy, perspectivas con las cuales se sintiera más identificado. Pero tratar de adivinar lo que el cronista pensara y sintiera de todo lo que experimentó es algo imposible e inútil, acaso solo vislumbrable en su testamento. Sí tenemos en cambio la gran obra que dejó, y para mí lo importante es comprobar que, así como en sus observaciones del mundo natural, su narración de la conquista incluye una muy presente reflexión crítica, un esfuerzo por mirar los acontecimientos desde distintas perspectivas, y poco temor al juzgar con criterios propios de una mente esclarecida y rectitud moral.

¿Fue el espíritu humanista de Pedro Cieza de León el que le permitió escribir una historia que ha recibido una multitudinaria aceptación de sus compañeros de disciplina? La educación de Cieza durante su juventud en la Llerena del siglo XVI debió sentar la base de los principios de historia de la Edad Moderna que muestra su obra. Pero la verdad es que Cieza sabía que no tenía ni la formación ni el talento retórico para proclamarse historiador a la par de los hombres de letras como López de Gómara que contaron historias del Nuevo Mundo en páginas de refinado estilo Renacentista. Mejor. Porque para compensar por su esa falta de retórica Cieza se aferró a principios simples, como escribir una historia que sirviera de guía moral a futuras generaciones, que le permitieron desplegar esa mentalidad crítica que ha hecho de su crónica un texto duradero.



Cuando apareció la Primera Parte de la *Crónica del Perú* en 1553, Pedro Cieza de León no podía saber que sería recordado como cronista de Indias. Para entonces, ya había asegurado una alianza matrimonial con el clan mercantil de Juan de Llerena en Sevilla y veía su futuro en el comercio y los negocios, un sector al que llevaba además de su dinero el enorme capital de su conocimiento de las tierras americanas, tanto de su pasado andino como del presente colonial. Puesto que Cieza había escrito, en las partes no publicadas de su crónica, la primera historia europea de la civilización inca, una historia de la conquista, y las crónicas de las guerras civiles que se dieron entre conquistadores convertidos en encomenderos y la Corona española.

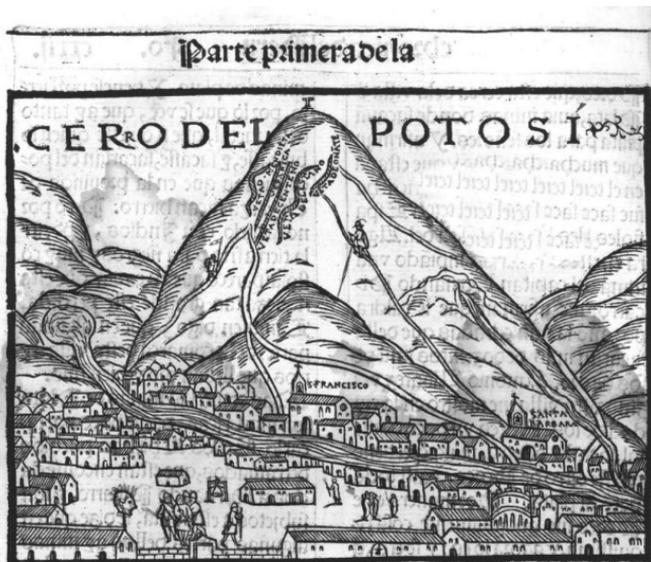
Una manera de leer los escritos de Cieza sobre los incas y la historia del virreinato del Perú hasta 1551 en que regresó a España, consiste en entender que nos presenta una reflexión sobre la forma de gobernar. En esta lectura, Cieza habría usado a los Incas y su forma de gobierno como ejemplo de lo que podía y debía hacer la Corona española. Debemos entenderlo como una reflexión de filosofía política basada en la versión de la historia incaica que él recogió de la élite cuzqueña. En la práctica, por supuesto, Cieza no dudaba de la necesidad de cristianizar al Perú y que la Corona asumiera el poder político. Pero en su crónica los Incas se presentan como gobernantes ideales a la manera de los personajes de los libros conocidos como “Espejos de Príncipes” en la literatura europea.

Los Incas fueron gobernantes ejemplares, según Cieza, porque crearon una civilización ordenada en la que los tributos eran exigidos y redistribuidos de manera justa y la población no sufría ni tenía necesidades que no estuvieran satisfechas. Asimismo, en la expansión de su imperio, los Incas implantaban su forma de gobierno justa sobre los pueblos que conquistaban. Cieza insistió mucho en la forma metódica en la que los Incas aplicaron estos principios de imponer impuestos justos y distribuirlos en beneficio del bien común. Hasta del punto que presenta la siguiente anécdota:

Pues, es cosa muy notoria y entendida, ningún pueblo de la sierra, ni valle de los llanos dejó de pagar el tributo [...] que le era impuesto [...] Y hubo una tal provincia cuyos naturales dijeron no tener con qué pagar el tributo; el rey les mandó que cada persona de toda la provincia fuese obligada a dar cada cuatro meses un canuto algo grande lleno de piojos vivos, lo cual era estrategia del inca para imponerles

e instruirles en el saber tributar y contribuir. Y así sabemos que pagaron tributo de piojos algunos días hasta que, habiéndoles mandado dar ganado, procuraron de los criar y hacer ropas y buscar con qué tributar en el futuro.

La idea es que todos en el imperio debían integrarse al sistema y que el pago de piojos era importante por su valor simbólico y educativo.



Las minas de Potosí, y otras que se hallan en estos reynos muchas dellas desde el tiempo de los Incas está abiertas y descubiertas las vetas de donde saca el metal: pero las que se hallaron en este cerro de Potosí (de quien quiero agora ferir) ni se vio la riqueza que auia, ni se sacó del metal hasta que el año de mill y quinientos y quarenta y siete años, andado vn español llamado Villarreal con ciertos Indios a buscar metal que sacar, dio en esta grandeza que esta en vn collado alto de la postura que aqui va figurado: el mas hermoso

y bien asentado que ay en toda aquella comarca. Y porque los Indios llaman Potosí a los cerros y cosas altas, quedosele por nombre Potosí, como le llama. Y aunque en este tiempo Gonzalo Pizarro andaua dando guerra al visorey, y el reyno lleno de alteraciones causadas desta rebellion, se pobló la falda deste cerro: y se hizieron casas grandes y muchas: y los Españoles hizieron su principal asiento en esta parte: passandose la justicia a el: tanto que la villa estaua casi desierta y despoblada. Y así luego tomaron minas, y descubrieron por lo alto del cerro cinco vetas riquissimas: que nombra veta rica, veta del

La reflexión de filosofía política sobre los impuestos y la redistribución de la riqueza que hacía Cieza en su crónica coincidía con un momento de gran oportunidad para el futuro del virreinato. El triunfo militar y las acciones llevadas a cabo por el enviado de la Corona, Pedro de la Gasca, habían creado una estabilidad política que a su vez permitía retomar la explotación de los recursos naturales del Perú. Y nada podía generar más entusiasmo sobre un futuro prometedor que la riqueza que daban los metales preciosos. Y de entre todos los lugares que produjeron esa riqueza ninguno puede representarlo mejor que el “Cerro Rico” de la Villa Imperial de Potosí, que desde mediados del siglo XVI, el momento en que Cieza se encuentra en el Perú, y durante un siglo fue la mina de plata más grande del mundo y cuyo tesoro sirvió para sostener la economía española, pagar los ejércitos de la Corona, y adornar las iglesias de de España.

Para Cieza de León, la situación de bienestar social que habían alcanzado los Incas en su imperio podía lograrse también en el nuevo orden colonial. Pero solo sería posible si se implantaba una forma de gobierno que evitara la corrupción, fuera justo en sus impuestos y redistribuyera la riqueza que se producía de la explotación de los recursos naturales. Al mismo tiempo, Cieza no dejó de denunciar, como había hecho en el caso de las crueldades del momento de la conquista, los abusos y a explotación de la mano de obra indígena en las minas del Perú. En su idea del futuro la población indígena cristianizada se integraría al proyecto de sociedad en la cual todos participaban y trabajaban por el bien común.

mó en el ay, con tan diferentes calidades: Las diferēcias de pueblos
 y gentes con diuersas costumbres, ritos, y cerimoniaſ eſtrañas: Tan
 tas aues, y animales, arboles, y peſces tan diferentes y ignotos: Sin
 lo qual, quien podra contar los nūca oydos trabajos, que tan pocos
 Eſpañoles en tanta grandeza de tierra han paſſado: Quiē pensara
 o podra afirmar los inopinados caſos q̄ en las guerras y descubrimie
 tos de mill y ſeyſcientas leguas de tierra les han ſucedido: Las ham
 bres, ſed, muertes, temores, y canſancio: De todo eſto ay tāto que de
 zir, que a todo ſcriptoz canſara en lo ſcreuir. Por eſta cauſa de lo mas
 importante dello, muy poderoso ſeñor, he hecho y copilado eſta hyſto
 ria de lo que yo vi y trate: y por informaciones ciertas de perſonas de
 fe pude alcançar. Y not tuiera atreuimiento de ponerla en iuzio de
 la contrariedad del mundo, ſino tuuiera eſperança que. **E. A.** como
 coſa fuya la illuſtrara, amparara, y defendera: de tal ſuerte, que por to
 do el libremente oſe andar: porque muchos eſcriptozes ha auido que
 con eſte temor buſcan principes de gran valor a quiē dirigir ſus obras
 y de algunas no ay quien diga auer viſto lo que tratan, por ſer lo mas
 fantaſiado y coſa que nunca fue. Lo que yo aqui eſcriuo ſon verda
 des y coſas de importācia, puechoſas, muy guſtoſas: y en nros t̄pos
 acaſcidas: y dirigidas al mayor y mas poderoso principe del mūdo,
 que es. **E. A.** **T**emerdad parece intētar vn hombre de tan pocas le
 tras: lo que otros de muchas no oſaron, mayormente eſtando tan ocu
 pado en las coſas de la guerra. Pues muchas vezes q̄ndo los otros
 ſoldados decañſauan canſaua yo eſcriuiendo. Mas ni eſto ni las aſ
 perezas de tierras, montañas, y rios ya dichos, intolerables hambres
 y neceſſidades nūca baſtaron para eſtozar mis dos officios de eſcri
 uir y ſeguir ami vādera y capitā, ſin hazer falta. Por auer eſcripto eſta
 obra con tantos trabajos: y dirigirla a. **E. A.** me parece deuria ba
 ſtar para q̄ los lectores me perdonaffen las faltas que en ella a ſu iuz
 zio aura. Y ſi ellos no perdonaren, a mi me baſta auer eſcripto lo ciert
 to: porque eſto es lo que mas he procurado, porque mucho o lo q̄ eſcri
 uo vi por mis ojos eſtando preſente: y anduue muchas tierras y pro
 uincias por verlo mejor. Y lo que no vi, trabaje de me informar de per
 ſonas de gran credito, Chriſtianos y Indios. Plega al todo podero
 ſo Dios, pues fue ſeruido de hazer a. **E. A.** ſeñor de tan grande y rico
 reyno como es el Peru: le dege biuir y reynar por muchos y muy felices
 tiempos, con aumento de otros muchos reynos y ſeñorios.

Todo lo anterior nos muestra que la obra de Cieza de León tiene una dimensión que se extiende tanto al presente que vivió, al pasado que investigó, como al futuro que quería para su patria. La disciplina y el esfuerzo que están detrás de una obra de este alcance hacen que la imagen que el propio Cieza dejó de sí mismo cuando acuñó la frase: “Pues muchas veces cuando los otros soldados descansaban, cansaba yo escribiendo” sea acaso la mejor representación que pudo hacer de su persona. Y por tanto, que la estatua que tiene en su villa natal, Llerena, sea un justo homenaje.

José Antonio Maravall explicó que a diferencia de la expectativa medieval que exigía al gobernante dos cosas –justicia y paz– el hombre del siglo XVI, súbdito de un estado pedía mucho más. Cito:

Pide un sistemático y voluntario fomento de la riqueza que haga prosperar a todos, pide seguridad en sus bienes y en su persona, comunicaciones con otras gentes, no menos seguras y amplias, mantenimiento de las leyes y el orden jurídico, fomento de la educación, estimación y protección del arte, del ornato, de la belleza; es decir, de todo aquello que cree merecer el individuo por su valor moral y espiritual: bienestar, felicidad civil y temporal.

Creo que esta definición puede servirnos para cómo debemos imaginar a Pedro de Cieza de León. Un hombre con ideales modernos cuyo destino lo llevó al Nuevo Mundo y a vivir experiencias que pocas personas han tenido. Pero, también, un hombre al que esas experiencias no hicieron perder la cabeza ni las enseñanzas que recibió en su juventud, sino que supo entenderlas e incorporarlas en un proyecto intelectual, en un libro, que no podemos llamar de otra manera que clásico.

Pienso finalmente, que, para Llerena, todo esto significa que se debe recordar a Pedro de Cieza de León por el espíritu y reflexión crítica que mostró en el relato de sus conquistas, aventuras e investigaciones, y por la propuesta de un futuro próspero de bien común que disfrutarían los diferentes grupos que conformaban los territorios de España. Estos, creo yo, son ideales con los que podemos identificarnos y a los que podemos aspirar todavía hoy, quinientos años después.